

la dictadura que había puesto fin al orden constitucional. El autor intenta aislar las causas más profundas del fracaso de la monarquía constitucional y clarificar varias de las polémicas relacionadas con el reinado que todavía en la actualidad son motivo de debate entre historiadores.

Alfonso XIII ha tenido más detractores que defensores. Según el presente trabajo, esto se debe en parte a que los franquistas y católicos de derechas abandonaron al rey, pues veían en la Restauración monárquica uno de los conductos principales de la corrupción liberal de España. Hasta hace poco, Carlos Seco Serrano era el único especialista que había cuestionado el consenso antialfonsista; en su obra de 1969, *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*, presenta al rey como un monarca modernizador y reformista, enfrentado a la estrechez de miras de unos políticos partidistas. En los últimos años, como parte de una nueva evaluación de la Restauración en la historiografía española, otros eruditos han recuperado las tesis de Seco, dando lugar a un retrato más positivo del soberano y la monarquía. En cuanto a la rama antialfonsina, el trabajo más reciente es la obra de Rafael Borrás, *El rey perjuro*, una crítica minuciosa del carácter del rey. En

su estudio, Morgan C. Hall sigue muy de cerca la obra de Seco Serrano, pero también la de otros autores como Fernández Almagro, Tusell, G^a Queipo de Llano, Preston, Gómez-Navarro, y numerosas notas y apuntes de los políticos de la época que trata. Otras fuentes de información y de reflexión para elaborar este trabajo han sido los periódicos y, sobre todo, los debates parlamentarios. También ha consultado los archivos privados y las memorias de políticos en contacto regular con la Casa Real, así como los despachos de los embajadores extranjeros destinados en Madrid, principalmente de Gran Bretaña y Estados Unidos.

Objetivo claro del autor es reexaminar la monarquía de Alfonso XIII como parte de un proyecto emprendido por la élite política española para dotar de legitimidad a un conjunto concreto de instituciones y políticas. Para el mismo, el fracaso de la Restauración monárquica se debió no sólo a su incapacidad para hacer frente a las crisis sociales y políticas del periodo de entreguerras, sino también a la inhabilidad del Estado para hacer uso de la materia prima de la monarquía histórica española en la creación de un discurso unificado para la identidad nacional que fuese convincente en la sociedad española moderna.

Al final de su estudio, Morgan C. Hall se muestra convencido de que el rey pudo haber evitado el golpe de la dictadura, como lo hizo su nieto Juan Carlos en 1981, mostrándose clara y decisivamente en contra de los conspiradores. «Elegió no hacerlo —escribe— porque estaba desilusionado con el sistema político que había jurado respetar y defender, y porque desde hacía tiempo le rondaba por la cabeza una solución similar a la promulgada por Primo de Rivera». Añade que, pese a todo, la élite política dinástica también fue responsable junto al rey de la creación de una cultura política que permitió a un general poner en marcha un pronunciamiento. Y finaliza diciendo que esta cultura fue el resultado de la politización del monarca, el debilitamiento de los partidos y la deslegitimación de las Cortes que afectaron al país desde 1909. «Es difícil imaginar —concluye— que tal flagrante asalto a la Constitución hubiese sido posible en las condiciones existentes antes de que comenzase la degradación del sistema político». El autor pone un especial empeño en mostrar la diferencia más importante entre la caída del régimen constitucional liberal en 1923 y la caída de la propia monarquía en 1931: la primera fue una revolución desde dentro de la élite del régimen, mientras

que la segunda fue dirigida contra esa misma élite por una amplia coalición de los que quedaban fuera, en colaboración con miembros desafectos del antiguo sistema de la Restauración. «Cánovas diseñó este aparato de la Restauración —puntualiza— para proteger a la Corona de los caprichos de la política, y sin esta protección, el rey sucumbiría casi sin resistencia a la siguiente oleada de ira popular que alcanzaría su cresta en 1931».

La lectura de esta biografía política de Alfonso XIII es importante para toda persona que quiera profundizar en el conocimiento de la España de hace un siglo.

Un liberal de antaño

Profesor de Historia Contemporánea en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Julio Gil Pecharromán es el autor de la biografía de *Niceto Alcalá Zamora. Un liberal en la encrucijada*, el que llegó a ser diputado liberal, ministro de la Corona, conspirador republicano, preso político, presidente del Gobierno y jefe de Estado. La existencia de Don Niceto está marcada por lo extenso y variado de su currículum como profesional de la política y por la agitada coyuntura histórica que atravesó

España desde los tiempos finales de la Restauración hasta la Guerra Civil de 1936. Liberal por talante y convicciones, fue uno de los últimos representantes de la vieja política, que en su momento encarnaron Cánovas y Sagasta.

El profesor Gil insiste en su afán indagatorio y desmitificador a la hora de profundizar en el conocimiento de su personaje; sin ánimo proselitista, tampoco denigratorio. Desea poner al lector, y pienso que lo consigue, ante la presencia de una personalidad polifacética y, en gran medida, inaprensible si no se analiza su larga trayectoria vital como un continuo, que no admite la valoración por etapas independientes. Conocemos, fundamentalmente, al Alcalá-Zamora del quinquenio republicano, que sólo abarca una sexta parte de su experiencia política. Este Alcalá-Zamora no es entendible sin la comprensión del otro, del anterior, del dirigente del liberalismo monárquico, del ministro de la Corona, del colaborador de Romanones y de García Prieto, del adversario de Cambó y de Primo de Rivera. Hay mucha distancia entre el joven diputado de 1906 y el Presidente de la República de 1931. «Pero éste es hijo de aquél —matiza Gil—. Y sólo uno al lado del otro componen las claves precisas para ejemplarizar en su peripecia lo que hubo de

esperanza y de fracaso en la vía democratizadora intentada por el liberalismo español hace ya casi un siglo».

La historia que el presente trabajo nos cuenta gira en torno a la experiencia de un político profesional, a sus éxitos y fracasos personales, a su aportación a la modernización política y social de la España del primer tercio del siglo XX. Y la historia termina mal. No porque fallezca el protagonista en el último capítulo —algo natural— sino porque su obra y su mundo se sumergen, en el ocaso de su vida, en el horror de una guerra civil. Y él muere, ahogado en añoranzas, en la lejanía del exilio, mientras su patria sufre los efectos de una larga y peculiar dictadura, encarnación de muchos de los valores contra los que Don Niceto combatió a lo largo de su existencia. Hasta la década de los setenta del pasado siglo, Niceto Alcalá-Zamora era considerado una personalidad difusa y ambigua, a la que, según fuesen unos u otros, se le aplicaban calificativos, como «liberal», «masón», «traidor a España», o bien «reaccionario», «clerical», «traidor a la República». Pero tanto a los unos como a los otros no les cabía duda de que había hecho cosas perversas.

En 1977, cuando se publicaron sus memorias, muchos descubrieron a un hombre de criterio mode-

rado y rectitud de espíritu, que había trabajado para modernizar los hábitos políticos de sus compatriotas y que se había estrellado contra un muro de incomprensiones y de egoísmos. Desde entonces, su figura ha tenido tantos defensores como detractores. En la actualidad, la posibilidad de poder realizar trabajos objetivos sobre el personaje se debe a la tarea de sus descendientes y al interés de sus paisanos de Priego de Córdoba, que han creado un patronato modélico en el estímulo al estudio y difusión de la obra del político.

En el libro que comentamos, Gil Pecharrómán quiere mostrarnos, y nos muestra, el testimonio de un representante de «la tercera España», de la España «posible», solidaria, tolerante y democrática, que generaciones pasadas llegaron a atisbar en momentos puntuales y que hoy, pese a todos los pesares, constituye una realidad cotidiana.

En la cumbre de su carrera política, Don Niceto significó el impecable alegato de un demócrata en la hora de agonía de la democracia. Pero, apunta su biógrafo, «araba en el mar». Ni las izquierdas ni las derechas, ni los patronos ni los obreros, ni los nacionalistas ni los internaciona- listas estaban dispuestos a contrastar sus razones absolutas y a

superar los miedos al adversario para restablecer la concordia social y el respeto al juego democrático. El presidente, erigido en precoz representante de la «tercera España», se iba a ver muy solo en la tarea autoimpuesta de serenar los ánimos y aportar racionalidad y moderación a la vida política. Su paso por la política dejó una estela de agravios e insatisfacciones que pesan como una losa sobre su memoria. Los monárquicos le consideraron un traidor a la causa, que había vendido España a la Revolución. La derecha y el centro republicano le acusaron de manipulador y autoritario y elaboraron un largo memorial de agravios contra él. Para las izquierdas, fue un conservador dedicado a frenar los avances democratizadores y los procesos de secularización traídos por el nuevo régimen.

Ya lejos de la política activa, Don Niceto se volcó en la escritura. En esos años escribió obras de temática muy diversa, pero que reflejaban una gran erudición y buenas cualidades didácticas, entre ellas destaca su *Régimen político de convivencia en España*, ensayo en el que ofrecía una salida democrática al franquismo a través de una República «de derecho y orden», que procurara la reconciliación entre los españoles. Su muerte, acaecida en la